

mo veía que era la fuerza del amor la que diligenciaba contra el decreto inmutable de la muerte, les digo que no se cansasen ni sintiesen, que ya había llegado la que á nadie perdona y nunca tarda; y que era voluntad de Dios que una vida tan larga como la suya, hiciese curso y parase en el convento de Tarequato, donde murió feliz y dichosamente. Y está enterrado con la mayor veneracion que puede consagrarle aquella pobre montaña en reconocimiento de haberla enriquecido con sus reliquias, virtudes y milagros, y abiértole la puerta para que gozase el milagro de los milagros que fué el sacramento del altar, que fué la capa que este zeloso Elias dejó al partirse para sus Eliseos, habiéndolos primero llenado de bendiciones, como el Patriarca Jacob á sus hijos, para que fuesen herederos de su espíritu é imitadores de su doctrina.

Despues de muerto acabaron de sentir su falta y así estimaban sus cosas como quien sustitua su propio lugar. Y por eso los indios del pueblo de Arancaracua, que convirtió y pobló este Venerable Padre, estimaron y estiman el báculo y sombrero de este apostól con tanto afecto que le tienen en una caja muy decente: y para mostrarlo aunque sea á Religiosos, se juntan alcaldes y fiscales, y no lo dan á tocar sino á ver tan

CAPITULO XXXII.

DE LA MUERTE DE NUESTRO VENERABLE PADRE
FR. JACOBO DACIANO.

Llegó el término de su muerte apagó la luz más señora que tenía el candelero de la iglesia de Michoacan, que fué nuestro venerable Jacobo para que en los espolios generales le cupiese á su Provincia su bendito cuerpo en prendas de su partida. Y así apenas enfermó (como terciando la capa para partirse) cuando los religiosos empezaron á aplicarle remedios, y los indios, como hijos que tanto le amaban, á sentir su partida, llorar su falta, y en sí mismos echar ménos el mobile de sus acciones. Pero el venerable Padre, co-

solamente; porque les parece que se lo han de quitar de los ojos: y así lo vuelven à encerrar y guardar, fundando nuevas esperanzas de su proteccion y amparo, como Eliseo en la capa de su Profeta.

CAPITULO XXXIII.

DE LOS APOSTÓLICOS VARONES

FR. PEDRO DE LAS GARROVILLAS Y FR. ANTONIO
DE VETETA

Fué el apostólico P. Fr. Pedro de las Garrovillas (quizas natural del pueblo de su nombre) hijo de la santa Provincia de San Miguel, donde tocado de la caridad pasó á la Nueva España à la conversion de los indios; cuyo incentivo corria entonces tan eficaz, que penetró á toda Europa. Llegó pues, à esta Provincia de Michoacan, donde recibido como la luz recibe al Sol, empezó á resplandecer en todas las virtudes y aprender la lengua tarasca, en que salió tan ca-

bal que pudo predicarla con el crédito que repetían sus obras; y así predicó lo que obraba, y observó los apices de ministro evangélico sin faltar en ninguno, con tan linda resignacion que todo aquello que juzgaba por del servicio de Dios aunque fuera dificultosísimo, lo ponía por obra, facilitaba y comprendía, con tan lindo denuedo como si la facultad del poder fuera en él tan propia como la del querer. Y así se arrojó por entre los más bárbaros y fieros gentiles que hubo en estas nuevas conversiones y facilitó tanto sus imposibles que los redujo y convirtió y bautizó en especial la tierra de los Motines (que el nombre dice la contradicción á sus deseos) y Zacatula cuyo sitio cae hacia la costa del Sur, tierra tan áspera, fragosa y caliente que era imposible habitarla ménos que haberse criado en ella y donde se usaban los más horribles y espantosos sacrificios que se usaron en toda esta Occidental idolatría. A esta tierra entró este nuevo apóstol á pié, desnudo, descalzo y hambriento; sin más alivio que un poco de maiz tostado; y discurriendo de gruta en gruta, de monte en monte y de sierra en sierra, convirtió todos los indios que habitaban su fragosidad. Desarraigó la idolatría á vista de todos aquellos que querían quitarle la vida, que eran muchos y quemó un

dia más de mil ídolos juntos en presencia de sus idólatras, sin que hubiese entre tantos uno que le fuera á la mano, suspendiera y parara, sino que como heridos de la luz despnes de las tinieblas, quedaron alucinados y suspensos. Antes bien muchos de ellos se levantaban á soplar el fuego; porque ya el de la divina palabra soplaba en sus corazones y los rendía, socorriendo Dios á aqueste apóstol como á Moises en el desierto.

Fundada ya la fé en aquesta provincia y derribados todos sus ídolos volvió los ojos y vió que le llamaban de Tzinzúnzan de donde habia salido; y dando la vuelta acudió al socorro de aquellas nuevas plantas, caminando más de cien leguas á pié que son las que hay de un extremo á otro, socorriendo, ayudando y predicando á todos los que habia en todo el contorno de la laguna. Vivió más de setenta años y conservó la virginal pureza con que adornó todas sus virtudes, para que la muerte se las coronase en el convento de Tzinzunzan, donde está enterrado con sumo aplauso de Michoacan y envidia de Zacatula.

Fr. Antonio de Veteta tomó el hábito en la provincia de la Concepcion, en el convento del Abrojo, santuario que venera nuestra religion por uno de los mayores que contiene en la lati-

tud de su grandeza, donde aprobada su virtud y observancia, fué maestro de novicios con el crédito que bastó para tenerlo en lo que fué. Y así acabado su oficio, encendido en la caridad, trató luego de ampliarla y extenderla en el ministerio y brotándole por la boca sacó licencia para servir à las Indias, donde fué tan dichosa su llegada que llenó la tierra de esperanzas con su maravillosa santidad, cuyos frutos gozó la provincia de Michoacan por escogerla el siervo de Dios, para conseguir en ella el colmo de sus destinos. Y así, luego que llegó, aprendió la lengua con tan grande propiedad, que la predicó con tan grande espíritu que hizo infinito fruto. El tiempo que vacaba de la predicacion ocupaba en la contemplacion en que fué tan asiduo que desde que entraba à maitines à media noche, no salia hasta despues de prima que iba à celebrar. ¡Quién duda que tal perseverancia no se alimentase de soliloquios tales que pudiera pasar los estrechos de la vía contemplativa. Y así aunque estuviese solo, que à cada paso acontecia entónces por la falta de religiosos, observó siempre lo ceremonial y esencial de la religion como si estuviera en el seminario de ella. Fué Provincial de esta Provincia, comisario, custodio, definidor y guardian, y ejercitó estos

oficios con tal valor y prudencia, que acreditó la veneracion universal en que todos le tenian. Y aunque la autoridad del gobierno pudo descuidarle en el vestuario ó regalo, vivió tan modificado, recto y advertido que no quebrantó la regla en el menor ápice, como verdadero imitador de N. Seráfico San Francisco.

Hizo curso el tiempo y enfermó de una gravísima enfermedad en que padeció acerbisimos dolores con cuya importuna fatiga quiso Dios descubrir los crisoles de su sufrimiento. Pero él en medio de ellos resistia à la malicia rebelada de los golpes que embestian à batir la muralla de su constancia; y levantando la voz por contrapunto de sus angustias, entonaba el *Te Deum laudamus*, con tanta ternura que suspendia à los mismos dolores y à todos los que lo oian. Y como entonces habia tan pocos religiosos. (que lo que entonces administraba un convento administran hoy cinco ó seis) profetizó este siervo de Dios los que se habian de hallar à su muerte y así sin llamarlos se hallaron sin que faltase alguno. Dos horas antes que muriese los llamó para que le asistiesen y tratando cosas de espí-

ritu les dijo que otro dia celebrasen por las ánimas del Purgatorio, que así convenia y encomendándose á Dios le dió el alma, por último trofeo de sus merecimientos. Admiràronse todos porque las misas se las querian aplicar; pero como lo tenian por santo, le obedecieron. Está enterrado en el convento de Tzacapo.

virtudes para asegurarse de los ventos de la
presencia que podía hacer de las grandes cosas
y divertirse del primer intento de su vocacion. En
esta era cuando ya Maturino era consumado y
ron, llegó á Francia el dia de las conversiones.
y como belicoso en la milicia espiritual, se alborotó al son de las clarines y trío luego de vestirse las armas que fueron cilios, desander y mofestaciones.

CAPITULO XXXIV.

Hizo esto en esta Provincia de Michoacan (1) y
DEL SIERVO DE DIOS FR. MATURINO GILBERTI Y DEL
DEVOTÍSIMO FR. PEDRO DE REINA.

Fué el célebre Maturino de nacion francés, y tomó el hábito de nuestra Orden en la Provincia de Aquitania, donde estudió artes y teología, con tan grande aprobacion que salió eminentísimo teólogo, disponiéndole Dios para Norte del Océano de las Indias. Y al paso que estudiaba lo especulativo de las letras, aprendia lo moral y práctico de las virtudes, en que fué tan consumado que pudo predicar y obrar con la consonancia que un apóstol. Particularmente se esmeró en la humildad en que fundó su saber y

virtudes, para asegurarlas de los vientos de la presuncion que podia nacer de sus grandes penas y divertirle del primer intento de su vocacion. En esta era, cuando ya Maturino era consumado varon, llegó á Francia el bramo de las conversiones; y como belicoso en la milicia espiritual, se alborotó al son de los clarines y tratò luego de vestirse las armas, que fueron cilicios, desnudez y mortificaciones, y pedir licencia para ponerse en camino. Alcanzóla, embarcóse y llegó à las Indias como el rocío de la mañana, alegrándolas y enriqueciéndolas con las influencias de su doctrina. Hizo alto en esta Provincia de Michoacan (1) y

(1) No hizo tal alto en la Provincia de Michoacan, que era custodia, sino en este convento de México el año de 1542 en que vino en la mision de ciento cincuenta religiosos que trajo N. M. R. P. Fr. Jacobo Testera, y en esta conformidad vivió en este convento mas de diez y siete años, pues el de 1557, era discreto del convento y autorizaba las informaciones y profesiones de los novicios como se vé en ellas. Luego, sin causa, se le arroga este Padre Cronista á su Provincia. Diga que fué propagador de ella siendo custodia para que

aprendió su lengua con tanta propiedad, caudal y elegancia, que fué el Gerónimo ó Ciceron de ella. Y así fué el mayor predicador que tuvo la tarasca. Y como adoleciese de la gota, le cargaban los indios en hombros, cuatro y cinco leguas solo porque les predicase. Y aconteció que estando predicando en la ciudad de Pátzcuaro (cuando los indios eran tantos como si fueran hijos de Abram, que solo la arena de la tierra y etrellas del cielo pudiesen ser simbolo de su multitud) que en medio del sermon se quedó arrobado, y volvió del éxtasis diciendo. "Ya os habeis aca-

infirmos que el año de 1557 pasó á ella, pues el de 1559 dedicó al Ilmo. Obispo de Michoacan, el vocabulario que compuso de la lengua tarasca, impreso el dicho año. Y habiendo impreso su tesoro espiritual en dicho idioma el año de 1535 fué yerro del Reverendo padre Vetancourt, poner su muerte el año de 1535, dejando asentado que vivió el año de 1544 con N. P. Testera, por lo cual la inferiremos, ó al mismo año de 1575 ó quizá murió el de 1585 y fué yerro de la imprenta poner 1535, pues en este padre cronista no hay relacion de años. (Nota M. S. en este ejemplar.)

bado, ahora vendrá una peste que consuma la mayor parte de vosotros. Y así aconteció luego que vino aquella peste grande que asoló la Nueva España, y así se van acabando y consumiendo todos indios. Escribió muchos libros, que fueron y son la luz de esta Provincia, como los referiré en el capitulo de los escritores.

Fué observantisimo de su regla y tan compasivo que lloraba con los indios sus necesidades como si fueran calamidades propias. Y así acudia à ellas con la velocidad que el siervo corre por los copetes de la montaña. Los ratos que vacaba de la vida activa en la administracion de los indios, ocupaba en la contemplacion con tanta fuerza, como si fuera un mero espíritu, mezclando con la fuerza del espíritu, la del cuerpo en que fué muy honesto y casto. Y para coronar todas sus virtudes se esmeró en la paciencia para que fuese el obrizo que à fuerza de fuego recobrase sus crisoles. Y así en la enfermedad de la gota que le aquejó infinito, estuvo tan inmoble y paciente como si sus dolores fueran impresiones de cera en lo robusto de un mármol. Viendo que ya su firmeza se postraba, pidió à Nuestro Señor con sumos encarecimientos, le concediese morir en Tzintzúntzan, donde tenia el vínculo de su predicacion, para que acabase con la vida

donde empezó el ministerio de Apóstol. Y así yendo à vivir à su convento, le preguntaban que à donde iba y respondia que à morir à Tzintzúntzan entre sus hijos; y así dentro de poco tiempo murió feliz y dichosamente, quedándole el rostro rutilante, hermoso y grave admirando à cuantos le miraban. Fué muy sentida y llorada su muerte, particularmente de los indios à quienes amó como padre. Está enterrado en el mismo convento de Tzintzúntzan, con gran gozo de los indios y estimacion universal del reino.

Despues de enterrado y corridos más de ocho años: mudando el altar mayor, fué forzoso cavar su sepultura, y hallaron el cuerpo tan fresco y entero como si le hubiesen acabado de enterrar. Y llegando todos los que le conocieron en vida, le hallaron con todas las partes tan iguales, que parecia que estaba durmiendo y que la tierra le habia servido más de cama que de sepultura. El guardian que era entonces Fr. Antonio Hernandez, hizo una muy fervorosa plática; renovando las memorias del siervo de Dios Maturino y los indios sus lágrimas, vistiéndose de nuevos gozos, por los de la incorruptibilidad en el cuerpo de su apóstol y maestro.

Fr. Pedro de Reina, fué de los más antiguos ministros de esta Provincia, como consta de aquel

milagro de la forma en Tzintzúntzan que fué el año de 546, que à buena cuenta ha noventa y tres años que sucedió, y que florecio en santidad. Fué gran ministro y religioso, y que hizo hombro con los atlantes de la primitiva Iglesia; no solo en la observancia de la regla en que se esmeró como fiel trasunto de su primer ejemplar, sino en las vigiliass y desvelos de la conversion y predicacion de estos indios. Fué muy penitente, así en la desnudez, y descalzès, andando siempre à pié, como en las disciplinas, ayunos y mortificaciones. Pero en lo que más se esmeró fué en la oracion y secuela del coro; y así aunque estuviera muy fatigado de los caminos y administraciones nunca faltaba del coro à media noche, donde se ocupaba hasta la mañana en coloquios amorosos con la Vírgen Santísima de quien fué tan devoto, que siendo novicio se le apareció con dos vírgenes à consolarle de una afliccion que tuvo, y solo con mirarle le consoló. Así lo contó este siervo de Dios à Fr. Alonso Ortiz, lego de grande espíritu, cuya vida referiré en el libro tercero. Otra noche se le apareció en el convento de Tzintzúntzan, y entre otros consue-

os internos que le dió con sus amorosos semblantes, la Virgen Santísima le dijo que cuando otra vez se le apareciese, era señal que se habia de morir luego. Quedó el siervo de Dios Reina, reinando con los gozos que suele la mañana con los rocios de la Aurora. Pasándose algunos dias enfermò y tratando de su cura, se partió al convento de Tarímbaro, donde estaba la enfermería y subiendo por la escalera al hacer la reverencia à una imágen de Nuestra Señora, que está pintada en la pared, se le rió la Señora, y le inclinó tanto quanto la cabeza; y se quedò en testimonio de esta verdad hasta hoy así; à cuya devocion y memoria, le pusieron su marco, velo y lámpara. Despues que habló à su siervo le despidió; y él se fué derecho à la cama, diciendo que el haberle salido la luna, de los cielos, era para que el sol de su vida se pusiese en aquel convento. Y así trató luego le diesen los sacramentos, los cualen recibidos, estando en la ultima hora, con la serenidad que el cielo en la mayor bonanza, le salió otra vez la luna, apareciéndosele la Virgen; y él con los alborozos del gozo dijo regocijado al enfermero, que era el mismo Fr. Alonso

Ortiz. "¿No vé á la Virgen Santísima mi Señora?" E hincándose de rodillas el enfermero, dió el enfermo el alma á su Criador, acompañándola su madre para asegurarle su presencia. Despues de muchos años se abrió su sepultura para enterrar otro religioso y hallando un cuerpo entero dijeron todo los viejos que era del santo Fr. Pedro de Reina.

mas en cantidad y así no quis dejas de apun-
tar y así por tener parte en sus memorias como
por darle á esta historia la gloria de tantos mi-
nistros, hijos de esta provincia. Que aunque
por ahora pertenecen al cronista de Jalisco, con-
todo, por haber en tiempo que eran una pro-
vincia y que reconocian á Michoacan por cabe-
za, referiré por mayor los virtuosos mas insignes
que acabaron en el ministerio.

CAPITULO XXXV.

DE OTROS RELIGIOSOS MEMORABLES
QUE FLORECIERON EN SANTIDAD EN ESTA PRIMITIVA
IGLESIA.

Fundada la iglesia de Michoacan y converti-
dos todos los tarascos por el S. Fr. Martin de
Jesus y sus compañeros Fr. Martin de Bono-
nia, flamenco, gran predicador en cinco leguas,
y Fr. Juan de Badiano, frances, de la provincia
de Aquitania la Antigua y todos los demas que
hemos referido, los que fueron viniendo pasaron
á la provincia de Jalisco, á acabarla de conver-
tir. Porque como es provincia que se dilata há-
cia el Poniente y Norte entraron grandes perso-